

LUIS, Jean-Philippe, *L'ivresse de la fortune. A. M. Aguado, un génie des affaires*, Paris, Payot & Rivages, 2009, 512 págs., ISBN: 978-2-228-90437-7.

1. Alexandre Marie Aguado (1785-1842), olvidado hoy en día, fue famoso en su tiempo. Sus coetáneos franceses lo consideraban como uno de los banqueros más ricos de Francia, el protector de Rossini o el propietario de una de las tres mayores galerías de pintura española en Francia. Hijo de una familia de mercaderes andaluces en plena ascensión social e integrados a la oligarquía sevillana, parece romper con la trayectoria que le asignan los suyos cuando toma el partido de José Bonaparte durante la ocupación francesa y cuando convive varios años con una mujer de condición inferior, antes de casarse con ella (ya en Francia) poco antes de nacer su tercer hijo. Obligado a exiliarse en París durante la primera Restauración, retoma los vínculos con sus familiares de Andalucía y un tío liberal exiliado en Londres para emprender una carrera de comerciante en vinos españoles. A partir de 1824, se convierte en el intermediario y luego el banquero oficial de la corte de España en París, encargado de colocar los empréstitos españoles en la bolsa. Así, es uno de los mayores pilares del crédito de la monarquía absoluta de Fernando VII, hasta la muerte de éste, y construye a la vez su propia fortuna. A dicho patrimonio le dará varios destinos: de la compra de tierras, inmuebles y un título de nobleza (marqués de Montelirios) destinados a dar lustre a su familia, a inversiones industriales en Francia o España; del mecenazgo de artistas líricos y pintores, a la financiación —a veces asociada a manipulaciones— de periódicos. Muere en 1842, visitando minas de carbón asturianas que acaba de comprar.

La biografía que le dedica Jean-Philippe Luis no se limita a la minuciosa reconstrucción de su trayectoria familiar y personal, sus compromisos políticos y —lo más difícil, dadas las lagunas documentales— las vías de su enriquecimiento. El autor combina los aportes de una prosopografía fina, deseosa de dar cuenta de la fluidez de las redes familiares y políticas en las que se inserta Aguado, y una historia que no pierde nunca de vista las representaciones de los actores. El libro no pretende dar a la trayectoria del protagonista o a su identidad una coherencia que no tienen o que las fuentes no permiten reconstruir. De hecho, se conoce mejor al Aguado maduro que al muchacho. Así, se carece de fuentes subjetivas que explicarían su afrancesamiento entre 1808 y 1814. Por otra parte, las mismas características de un hombre que evoluciona en diversos ámbitos sociales (el mundo de los negocios en Francia y España, la nobleza andaluza, el “tout Paris”, etc.) e intenta acumular varias formas de legitimidad, sin conseguirlo siempre, invitan a insistir en sus estrategias de construcción de su identidad y la de su familia.

Para quien se interesa por la historia política de Europa, Aguado ofrece la ventaja de situarse “entre dos mundos”, como lo indica Luis, y eso en dos maneras. Primero, tiene 23 años cuando empiezan la ocupación francesa y la Guerra de Independencia que acabarán con el Antiguo Régimen, veinte años después de la Revolución Francesa. A lo largo de su biografía, Luis pone de realce los cambios políticos, culturales y sociales de las sociedades francesa y española a principios del siglo XIX,

pero también sus límites, evaluando la participación individual de su protagonista en dichos cambios. En segundo lugar, español en Francia, Aguado ofrece al historiador la posibilidad de valorar hasta qué punto las sociedades española y francesa son —o no son— distintas.

2. Luis dedica una constante atención al cambio. La primera parte de su trabajo es un estudio de la ascensión social de la familia Aguado en el siglo XVIII. El lector modernista agradecerá su descripción matizada del Antiguo Régimen, a la luz de las reinterpretaciones recientes de quienes promueven una antropología histórica deseosa de tomar en cuenta los valores de los actores y dar cuenta de unas prácticas políticas y sociales que no son menos complejas y pensadas que las de los actores del mundo contemporáneo. De hecho, las trayectorias separadas del abuelo y el tío abuelo de Aguado, uno en el comercio, otro más cercano a la aristocracia sevillana, confirman que este mundo no está cerrado del todo a la movilidad familiar y la estrategia individual. Además, permiten poner de relieve el papel del dinero en la ascensión de las élites y mostrar cómo, a finales del siglo XVIII, el poder real saca provecho de las rivalidades entre las élites, en particular cuando reforma los concejos. Aguado se sitúa en el cruce de tres esferas familiares: la oligarquía sevillana o, por lo menos, el sector oligárquico que se fue renovando gracias al aporte de los hombres de negocios; los mercaderes de Cádiz; la oligarquía azucarera de La Habana, de la que procede su madre, quien lo educará. Las dos últimas esferas le permiten apartarse del destino previsible, el de un miembro de la oligarquía sevillana, o le facilitan este paso. Luego, el estudio de su trayectoria y los medios de que se vale para consolidar la perennidad de su linaje pone de relieve la naturaleza, pero también los límites de los cambios políticos del primer siglo XIX. En las opciones personales de Aguado, primero, resulta imposible reducirlo todo a las decisiones de un individuo moderno. Si su afrancesamiento o su decisión de vivir con una compañera rechazada por los suyos corresponden probablemente a una elección individual, la familia nunca está lejos. Así, el apoyo a los josefinos no fue la opción mayoritaria, pero formaba parte de las posibilidades: otros parientes de Aguado dieron este paso. En el caso de Aguado como en el de su tío O'Farrill, Luis supone que pudo pesar en su decisión su papel secundario en la jerarquía de la familia, tanto como una elección ideológica que no dejó huellas en los archivos en el caso de Aguado para aquellos años. Más tarde, en el exilio, la familia de Aguado contribuye de forma decisiva a su entrada en el mundo del comercio y luego los negocios de la banca que derivan de él, ofreciéndole una red y las lecciones de su experiencia. Una vez jefe de familia, Aguado se concibe como miembro de un linaje a construir. Así, riñe con su hijo quien cometió el error de casar con una mujer que no está a la altura de las esperanzas del padre, repitiéndose la historia del propio padre.

El juego de las afinidades que se construyen y se deshacen en París y Madrid durante la segunda Restauración de Fernando VII suscita otra observación. Luis reconstruye en efecto las “alianzas paradójicas” -que prolongan las que estudió ya en la administración de la hacienda en su *Utopie réactionnaire* (Madrid, 2002)- entre los liberales moderados, atemorizados por el poder adquirido por el pueblo durante el

Trienio Liberal, como Javier de Burgos, y los partidarios de una monarquía autoritaria, deseosos de consolidar el Estado y su administración para marginar a los ultras. En estas alianzas no exentas de conflictos, el elemento ideológico nunca es la única base de la relación, ni siquiera la más determinante, precediéndolo las relaciones de parentesco y de clientela, la solidaridad entre paisanos o una experiencia común.

Los capítulos centrales del libro ofrecen una reconstrucción precisa de las prácticas financieras de Aguado, en particular de este mundo oficioso, pero tolerado, que rodea a la bolsa oficial, y de las complejas especulaciones que permite realizar. Luis explica metódicamente sus procedimientos, apoyándose en los manuales de corredores de aquel tiempo. Ahora bien, su interés no es meramente técnico. La descripción revela un mundo que permite el enriquecimiento y, asimismo, la ascensión social de individuos que carecían de fondos y de vínculos previos con el mundo de los grandes negocios. Éste es el caso de Aguado. Pero el análisis no se limita a los medios de que se vale Aguado. Luis estudia la política del ministro de Hacienda de Fernando VII, Luis López Ballesteros, en relación con Aguado. El estudio muestra que los gobernantes no vacilan en recurrir a prácticas que se sitúan en el filo de la legalidad, cargando su responsabilidad en sus agentes de París. Además, la relación de los coetáneos de Aguado con el dinero debe mucho a las concepciones del Antiguo Régimen. Cuando Luis se interroga acerca de la corrupción de Aguado, observa que para sus coetáneos, son legítimos los beneficios que realizó jugando con la variación del cambio, especulando con el valor de los empréstitos en la bolsa o ganando comisiones. Estos provechos realizados con el dinero del rey son la remuneración de los riesgos que tomó y de su fidelidad al monarca.

En suma, Aguado es “en ciertos aspectos, un moderno”, “abierto a las ciencias y las técnicas”, que alterna con los discípulos de Saint-Simon, invierte su dinero en industrias nuevas, sabe sacar provecho del poder de la prensa, experimenta los domicilios colectivos para los obreros de sus fundiciones, etc. No obstante, da señales de ser un “nostálgico del pasado” cuando piensa en la “perennidad del prestigio de su apellido”. Pero Aguado es ante todo un hombre de su época, aunque no supo entender que sólo podría fortalecer la promoción de su familia eligiendo un solo dominio de actividad (la política, la banca, la industria), en lugar de querer abrazarlo todo. En cuanto su época, sigue siendo un mundo en el que las “lógicas de poder” no son “ideológicas” sino que se construyen en torno a vínculos personales e intereses económicos. En otras palabras, es “un mundo en que lo social, lo político y lo económico no constituían dominios distintos”.

3. Esta visión matizada del cambio lleva a Luis a interrogarse acerca de la pertinencia de una oposición entre Francia y España, concebidas como modelos político-sociales distintos. En varias ocasiones, en efecto, subraya los puntos comunes entre los dos países, que permiten entender que no le cueste a Aguado usar en Francia de las estrategias de ascenso social que funcionan en España, por lo menos mientras no aspira a formar parte de la cúspide de la jerarquía social. Es el caso de los procedimientos de que se valen las élites para confortar su prestigio y su poder dándole una base local: utilizan entonces las nuevas instituciones del régimen liberal

para ejercer una forma de dominación tradicional. Alcalde electo de Evry, Aguado aparece allí como un “benefactor”, en razón de los numerosos regalos que hizo a la comunidad (cap. 8). Después de indicar que lo que, en opinión del banquero español, da prestigio a una familia (la gran propiedad, la pertenencia a un municipio, el título de nobleza) corresponde a los “criterios tradicionales españoles”, matiza la afirmación señalando que idénticos criterios son “muy vivaces en Francia” (Conclusión). Por fin, los límites a que se enfrenta Aguado en su ascensión hubieran sido iguales en España: no basta la fortuna para acceder a la cúspide de la jerarquía social. Por otra parte, la ausencia de separación clara entre lo político, lo social y lo económico caracteriza las dos vertientes de los Pirineos, así como la imbricación entre el mundo de los negocios y la alta administración. A estos puntos comunes señalados por el historiador se suma la percepción de los actores: las críticas más virulentas dirigidas a Aguado lo retratan como un “parvenu” o un financiero agresivo, sin evocar una identidad española que le impediría entender la sociedad francesa e integrarse. Por medio de la biografía, Luis pone en tela de juicio la diferencia española o el avance francés, según el punto de vista que se adopte. No desarrolla la cuestión de la existencia de dos modelos, porque no es el objeto esencial del libro y porque la biografía de un solo individuo no permite pasar de las hipótesis. Sin embargo, la pista de una historia de miradas cruzadas que insistiría en cómo los actores españoles perciben a Francia y recíprocamente, explorada más a menudo en los últimos años por los modernistas, ofrece perspectivas que resultaría interesante explorar en un siglo XIX cuya riqueza y complejidad resalta el libro.

Anne DUBET
Université Blaise Pascal